



MERCADO DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL (MADRID)

EL VIOLINISTA

GERMAN UBILLOS ORSOLICH

Desde el pico de Abantos, a la caída de la tarde, la vista era imponente. Sentado sobre las rocas Fermín contemplaba la inmensa llanura parda y amarilla, al final de la cual se festoneaba el perfil de la capital. A la derecha, las Machotas, como una curiosa “ene”, el cerro de San Benito y el puerto de la Cruz Verde; en las Machotas no había vegetación ni manantial alguno, su escalada en Agosto era tarea suicida, muy pocos se habían aventurado, sólo gente masoquista y curtida; el caso de Abantos, “montaña querida”, era bien distinto, casi cuatro quintas partes se hacía a través del pinar, a la sombra, por un camino zigzagante, provisto de desagüeros oblicuos. Cuando salías del pinar, de su sombra, ya estabas casi arriba. Una vez allí, ¡a disfrutar!

El violinista volvió la mirada hacia atrás. Unas llanuras llenas de emoción y de misterio se contemplaban, quizá se adivinaba Segovia; a la izquierda, Avila; más allá, a la derecha, Sietepicos, Navacerrada y Peñalara, la Maliciosa.... y la Pedriza. Dejó descansar sus ojos en todo aquello, quizá así fuese la eternidad, el tiempo no contaba, todo era contemplación y éxtasis.

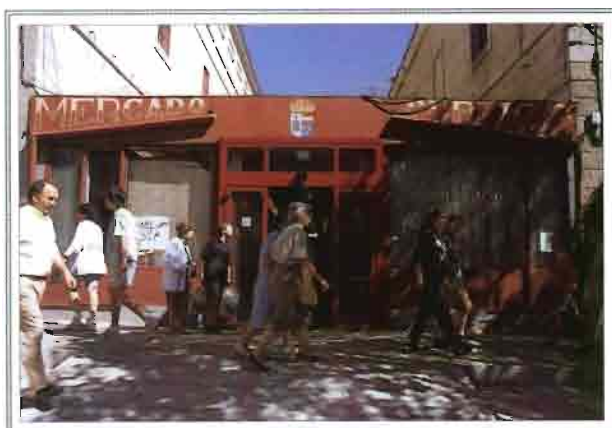
Sacó de su zurrón el bocadillo de queso, y aspiró la transparencia del oxígeno casi puro. La temperatura era deliciosa, corría una leve brisa, allí no hacía calor, a mil quinientos metros de altura el de Agosto no existía. Un tren que recorría la planicie, se desplazaba como un fino gusano a la derecha de El Escorial de abajo. La Tabanera llegaría un par de horas más tarde, cargada de veraneantes, los curiosos veraneantes con sus equipajes, que iban y venían sudorosos como hormiguitas afanosas por hacer una vida distinta a la del invierno. En "El Parque", dicen que bailaban como locos y que se lo pasaban "bomba", pero a él sólo le interesaba contemplar la belleza serena y graciosa a la vez de Violeta, cuando le sonreía al entrar o al salir del mercado con su cesta repleta de flores.

Allí arriba se encontraba bien, le euforizaba la altura, también necesitaba la soledad, su querida soledad, compañera invisible que le "hablaba" con ecos silenciosos, le hablaba pues le decía cosas distintas a las que él pensaba, raras ocurrencias inverosímiles que acababan sorprendiéndole y hasta escandalizándole. Sin la soledad no podría vivir, era su ambiente, como el agua para el pez, en la soledad él era un rey, rey de un reino apacible y siempre fiel. ¿Cómo podrían vivir las personas rodeadas de gente, los padres de familia, los empresarios?

Comenzaba a acercarse el sol al horizonte, el horizonte de Castilla, tierra austera y pura, gélida en invierno y fresca en verano. Terminó el bocadillo y se dispuso a descender, antes echó una ojeada final como pretendiendo guardar en su retina para siempre todo aquel panorama. No creía que los ángeles pudieran estar mejor. Con esa certeza, inició el descenso a una especie de trotecillo danzarín, motivado por la pendiente. Cuando llegó al pueblo, la oscuridad era casi absoluta; el murmullo de la algarabía de los veraneantes mezclados con los gurriatos, subía de la plaza del Ayuntamiento y de la calle Floridablanca.

A la puerta del Mercado había, sobre la acera, dos enormes puestos de sandías y melones. El dueño, con tajos certeros, mostraba a los clientes la pulpa dulce y exquisita.

Fermín, sentado sobre una sillita de enea, tocaba su violín; aparentemente nadie le escuchaba, pero su melodía llegaba hasta los pájaros que revoloteaban entre las hojas de los frondosos plátanos. Todo era bullicio, vitalidad, movimiento, si hubiese existido una cámara con "travelling" habría captado en un "barrido de imágenes" todo el colorido, algo semejante a lo que Cuckor hizo en "My fair lady", sólo que aquí era la realidad. Un precioso mercado con dos pisos y sus escalinatas; en el centro, una fuente con su pilón. Allí sentada, estaba Violeta sonriente, sus dientes blanquísimos, sus flores más frescas que nunca. Todas las amas de casa hablaban con ella; todas las criadas —pues había criadas, dos por señora y, a veces, coci-



MERCADOS/LITERATURAS

nera—, también. Niñeras uniformadas con cofia. Amas de llaves, semejantes a abadesas, con cestos de mimbre.

Hortalizas, verduras, frutas, aves, huevos, carnes y pescados variadísimos, de todos los colores, frutos secos, puestos de ultramarinos, barriles llenos de olorosas aceitunas, pepinillos, cebolletas, puestos de panadería y de productos lácteos, fiambres..... en fin, algo digno del pueblo más regio de veraneo... tan regio que tenías hasta Monasterio, algo descomunal y armónico: la octava maravilla del mundo.

Violeta sonreía y reía a carcajadas, vendía sus flores, todos los propietarios de los puestos del mercado estaban enamorados de ella. Sí, todos. Los solteros, los casados y los viudos. La hacían galanterías, la piropeaban con piropos que eran joyas del decir popular: pura poesía.

Para Violeta todo era natural. Su radiante belleza, su alegría, pero sobre todo su simpatía, una especie de perfume que salía de su interior y que irradiaba el entorno, bien es verdad que un entorno presto al diálogo, a la atención, al tiempo libre, a la vida pausada.

El violinista seguía tocando y los transeúntes le echaban monedas; perras gordas, perras chicas, monedas de cinco céntimos; con diez céntimos de peseta se compraba un gran cucurucho de pipas en el kiosko cercano al puesto de melones. Por supuesto que Fermín estaba enamorado de Violeta y más que ningún otro, sólo que tenía muy pocas posibilidades, más bien ninguna. Primero era pobre, pobre lo que se dice pobre, como casi todos los músicos; además había otro problema, un defecto que le había aislado enormemente del mundo exterior: era tartamudo.

Cuando la florista terminó de vender su cesta, cogió agua con la mano de la fuente central y bebió, después levantó briosamente la cabeza, se atusó el pelo y se dispuso a salir todos la miraron; echó una mirada alrededor, una sonrisa y salió. En la puerta el violinista tocaba una melodía que penetraba en el alma.

— Buenos días Fermín. ¡Qué melodía tan hermosa! ¡cómo me gustaría saber tocar el violín como tú!

Fermín se detuvo y la miró con sus ojos negros y penetrantes.

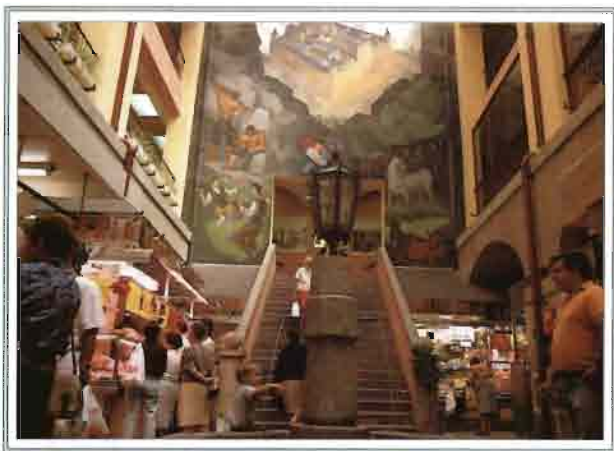
— ¿Qui...eres...que...te... enseñe?

— Cuánto me gustaría, pero ahora tengo que ir a casa a hacer la comida.

El violinista se la quedó mirando, el arco en la mano y el instrumento, caído, en la otra, mientras Violeta desaparecía entre los transeúntes, camino de la plaza de la Cruz.

Las gallinas caminaban pausadamente por la sombra, picando de vez en cuando el suelo. La casa de tejas rojas poseía un jardín rectangular, con emparrado a su derecha.

Su propietaria, Susana, mujer gruesa de pelo blanco y moño, absolutamente vestida de negro, con delantal



negro y todo, sonreía levemente sentada en un poyo de cemento junto a la puerta. Fermín contemplaba los gigantescos árboles del fondo; a su izquierda, el monte Abantos parecía un inmenso dinosaurio dormido; la Penosilla sobresalía levemente con sus tres chozos lejanos. El heladero pasó empujando su carrito, la flauta del afilador sonó más allá de la carretera de Guadarrama. Hilario, en camiseta y mono, con tirantes, apareció en la puerta echando un trago del pesado botijo blanco. La serenidad era absoluta, el bochorno también. El tiempo, detenido, desesperaba un poco y sumía en la modorra. El gruñido del cerdo se oyó desde el corral. De pronto, la Tabanera se detuvo en la carretera, subieron dos personas y acto seguido arrancó echando una bocanada de humo. Durante más de cinco minutos un camión, cargado con bloques de granito, subió pausadamente la larga cuesta, parecía que nunca iba a terminar.

Vagamente pensaba en Violeta, lo que le permitía el calor. ¿Alguna vez escucharía tranquilamente su música? ¿sería verdad lo que decía? ¿le gustaría recibir clases de violín? En realidad ella era música, sólo que música evanescente, música de nadie, sólo para ser contemplada. Había muchas cosas en la vida sólo para ser contempladas, la nieve por ejemplo, y eran las más hermosas.

En la terraza del hotel Felipe II, sobre el pinar, los matrimonios burgueses bailaban animadamente a los sones de la orquesta de Ramalli. Un lugar paradisiaco y fresco donde se veían caras conocidas, las de los doctores Garrido Lestache e Iruegas, por ejemplo; algún escritor o comerciante famoso, una querindonga con su acaudalado de turno, generalmente pálido y con un puro en la boca.

Tras los tangos, que bailaban varias parejas magistralmente, le tocaba la hora a los boleros: Machín y Jorge Sepúlveda. Con el "Santander", casi lloraban, se acordaban del mar. Los camareros, impecables, circulaban con sus bandejas repletas de "combinaciones" y cóckteles con hielo.

El "fox-trott", y las parejas parecían deslizarse sobre una pista de hielo. Algunos no bailaban, se limitaban a ver desde las mesas, era un entretenimiento inagotable, como contemplar el mar embravecido o el fuego en las chimeneas. Los caballeros y sus esposas de la clase media acomodada disfrutaban en aquel edén, mientras las criadas y las doncellas luchaban a brazo partido en cualquier otro lugar, con sus monstruosas criaturas.

El violinista era de otro mundo, ni danzas en el hotel ni monstruosas criaturas, le intentaron "fichar" para la orquesta de Ramalli, pero dijo que "no" enseguida, ¿qué haría un "lobo estepario" como él en aquél ambiente?



MERCADOS/LITERATURAS



La música se oía lejana a través del pinar. La carestía de la vida, el estraperlo, las penurias, contrastaban con aquella gema resplandeciente, aquel hostel inefable. Era un mundo lleno de ilusión, disfrutaban como niños con cualquier cosa, por pequeña que fuese, mientras se aprestaban a reconstruir el país.

Los téis con limón y las pastas hicieron su aparición, lo tomaban sobre todo las señoras mayores, no muy abundantes desde luego, pues su fortín era la terraza del hotel Miranda Suizo. Se sentaban allí, además de para merendar y charlar, para ver pasar, paseando, a sus nietas y a sus amigas ¡qué monas! a ver si “pescaban” a algún ingeniero.

Todo aquel maremagnum, aquel mosaico repleto de vida y alegría, se mezclaba con las fiestas nocturnas en “El Parque”, lugar para la danza (mejor vestidos) y el juego. Las fiestas de San Lorenzo, con la verbena bulliciosa y la pirotecnia, y finalmente el bombazo de la romería, hacía lo demás.

Fue en la romería del año 1959 cuando ocurrió lo imprevisible. Al “rosario de la aurora” había sucedido la salida de las carretas, bellamente engalanadas y tiradas por bueyes, desde el Santuario de la Virgen de Gracia.

Todos los padres de familia habían venido desde Madrid, los niños iban vestidos de “serranos”, con un fajín y su boina; muchos caballos bien enjaezados y montados por orgullosos jinetes con mozas a la grupa marchaban junto a las carretas. Grupos de músicos con trompetillas y tambores, danzaban. Don Teodosio, impulsor y creador del evento, decía la misa en pleno bosque de la Herrería. La subasta de regalos a la Virgen fue seguida por la comida fraterna en grupos, sobre las mantas extendidas bajo las encimas, y ya, al caer de la tarde, el retorno.

Fermín, meditabundo, sentado sobre una roca, contemplaba todo mientras rumiaba sus pensamientos.

Las carretas se preparaban a volver cuando apareció Violeta con dos mozos.

— ¿Vienes con nosotros? vamos a ir detrás de las carretas.

El, de no muy buena gana al ver a los otros, se levantó pausadamente.

— Te veo triste, ¿te ocurre algo?

— No... Nada.

— Estamos roncós de cantar, si tuvieras aquí el violín sería maravilloso.....

Fermín comenzó a seguir a las carretas, pero a la altura del kiosko-bar, ya bien subida la cuesta, milagrosamente desaparecieron los dos acompañantes de ella. Era casi de noche, iban muy cerca el uno de la otra, el día había sido de fiesta y alegría, se marcaba el final del verano.

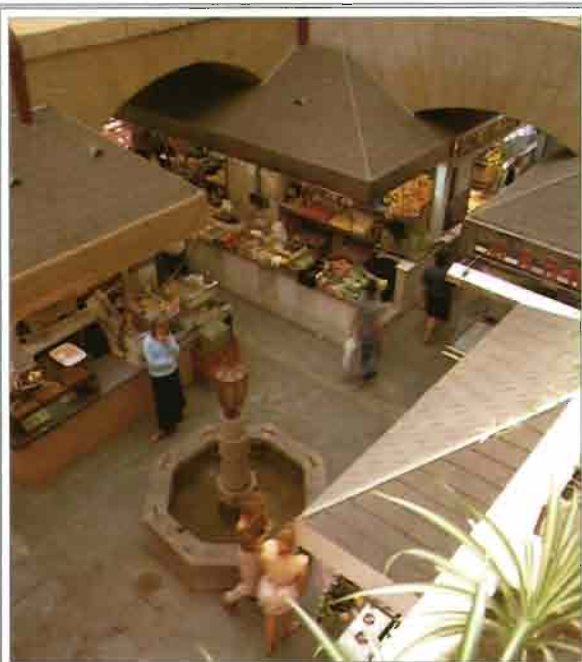
De pronto Violeta le cogió de la mano. Fermín sintió un nudo en la garganta y el corazón comenzó a latirle apresuradamente, parecía que se le iba a salir del pecho en su galope,

a duras penas podía mantener la serenidad; sin embargo, al llegar a la altura de la Lonja, en la oscuridad rutilante de estrellas, apretó levemente la mano de ella.

Han pasado casi cuarenta años. Las casas ya no se alquilan, son bloques de apartamentos en propiedad, los padres ya no vienen en tren sino en aerodinámicos automóviles sobre autopistas atestadas y embotelladas; no hay afilador ni botijos, el cerdo ya no existe ni tampoco las gallinas, Hilario y Susana han muerto, la orquesta de Ramalli no suena en el hotel, no hay fiestas en "El Parque", pero el Mercado sigue siendo el mismo y la florista y el violinista son un feliz matrimonio de ancianos que vive en la casita de tejas rojas; el violín y el arco colgados en la pared. Al fondo, el monte Abantos, como un verde dinosaurio tumbado y dormido, es mudo testigo de esta historia y conserva la memoria de tantos seres que fueron pero que ya no están. ■

GERMAN UBILLOS ORSOLICH
PREMIO NACIONAL DE TEATRO
NOVELISTA

MERCADOS/LITERATURAS



MERCADO DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Ya en la primera mitad del siglo XX, en sus alrededores comenzaron a instalarse una serie de pequeños puestos de venta. Además, los agricultores y ganaderos de las áreas limítrofes acudían una vez a la semana a vender sus productos, lo que ha derivado en una tradición que aún se mantiene todos los jueves.

En los años cincuenta se realizó la primera reforma importante del mercado, construyendo dos nuevas plantas. La última gran remodelación se produjo en 1985. Las últimas obras realizadas han respetado las características históricas del edificio y en el patio interior, además de mantener el pilón y los arcos, se han construido tejadillos en los puestos simulando su aspecto más tradicional.

Un mural de seis metros, en el que se explican las actividades tradicionales de San Lorenzo de El Escorial, preside el mercado y dos cuadros antiguos muestran la situación de las caballerizas y la primera época del mercado. En la actualidad, hay 49 puestos fijos.

El Mercado Municipal está integrado dentro del casco histórico de la ciudad y conserva en su interior una parte del esplendor de San Lorenzo de El Escorial en sus tiempos de Villa y Corte.

El edificio original fue construido durante el reinado de Carlos III para albergar las caballerizas reales y de aquella época aún se puede ver en el patio el pilón original y algunos arcos de piedra.